



LA RAZÓN HISTÓRICA
Revista hispanoamericana de Historia de las Ideas
ISSN 1989-2659
Número 62, Año 2024, páginas 39-51
www.revistalarazonhistorica.com

Franquismo, Nación y discurso: La búsqueda de la clase media

Francisco Rozas Moreno

Universidad de Jaén

José-Luis Anta Félez

Universidad de Jaén

Matilde Peinado Rodríguez

Universidad de Jaén

Resumen: El artículo aborda el impacto del franquismo en la evolución de la nación española, destacando la transición hacia un discurso que promovía la clase media como símbolo de progreso y cohesión social. Durante la década de los cincuenta, los acuerdos con Estados Unidos marcaron el inicio de la integración de España en el bloque occidental capitalista, desplazando gradualmente el concepto de patria en favor de la clase media. El oportunismo franquista impulsó la narrativa de la clase media como representante del progreso nacional, legitimando así la continuidad del régimen dictatorial. Se argumenta que la clase media permitió mitigar las diferencias de clase al ser percibida como un elemento de movilidad social y de cohesión, contribuyendo a la idea de unidad e igualdad social. Además, se plantea una reflexión sobre la persistencia de debates actuales en torno al concepto de Nación, confrontándolo con las posturas que defienden una visión nacionalista radical. Se cuestiona la relevancia de estas posturas en el contexto contemporáneo, señalando su vinculación con ideologías extremas y su asociación con regímenes totalitarios del siglo XX. Asimismo, se destaca la importancia de analizar las relaciones entre Naciones, los conflictos nacionalistas y la construcción de identidades en un contexto globalizado.

Abstract: The paper addresses the impact of Francoism on the evolution of the Spanish nation, highlighting the transition towards a discourse that promoted the middle class as a symbol of progress and social cohesion. During the 1950s, agreements with the United

States marked the beginning of Spain's integration into the Western capitalist bloc, gradually displacing the concept of the homeland in favor of the middle class. Francoist opportunism propelled the narrative of the middle class as a representative of national progress, thus legitimizing the continuity of the dictatorial regime. It is argued that the middle class helped mitigate class differences by being perceived as an element of social mobility and cohesion, contributing to the idea of unity and social equality. Furthermore, there is a reflection on the persistence of current debates regarding the concept of Nation, confronting it with positions that defend a radical nationalist vision. The relevance of these positions in the contemporary context is questioned, pointing out their linkage to extreme ideologies and their association with totalitarian regimes of the 20th century. Additionally, the importance of analyzing the relationships between nations, nationalist conflicts, and the construction of identities in a globalized context is highlighted.

Palabras clave/Keywords: Franquismo. Clase media. Desarrollismo. Nacionalismo. Identidad.

Title: Francoism, Nation, and Discourse: The Quest for the Middle Class.

“Se tomó por punto fijo «lo que ha sido» se vio el presente esforzándose tentativamente por dirigir el conocimiento hasta ese punto estable. Pero ahora debe invertirse esa relación, lo que ha sido debe llegar a ser vuelco dialéctico, irrupción de la conciencia despierta. La política obtiene el primado sobre la historia. Los hechos pasan a ser lo que ahora mismo nos sobrevino, constatarlos es la tarea del recuerdo. Y en efecto, el despertar es la instancia ejemplar del recordar” (Walter Benjamin, El libro de los pasajes).

1, El debate franquista entre lo social y lo nacional

A lo largo del siglo XIX tendrían su desarrollo construcciones conceptuales como la idea de “nación”, y la de su realización política en el “Estado-Nación”. Es en la evolución de este proceso, que concluiría su afianzamiento a comienzos del siglo XX, donde cobra importancia el nacionalismo alemán, como sistema de ideas y valores fundamentado en una lógica organicista tendente a la caracterización de las naciones como individuos colectivos, cuya especificidad cultural comprendería su forma de expresión, que debían ser *ordenadas dentro de la humanidad en función de su valor, o poder* (Dumont, 1987:139). Estos elementos que se conjugan en torno a esta noción de nación, están en relación directa con lo que había de ocurrir en la Alemania nacionalsocialista y, por ende, habían de afectar a todos aquellos que de una u otra manera entraron en contacto con ella. Es significativo que los antropólogos sociales e historiadores, más que cualquier otro grupo de investigadores, hayan estado tan cerca y tan lejos de todo ello. Tan cerca porque de alguna manera habíamos de legitimar ciertos nacionalismos, incluido aquél. Tan lejos por que la

vieja discusión entre lo local y lo global nos proponía como críticos de una idea unitaria y universal de la nación y de lo que de ella se desprendía. De la enorme plasticidad con las que se han movido por estos territorios han surgido corrientes diferenciadoras que han terminado por significar elementos tan dispares como la identidad o el llamado multiculturalismo.

Nuestro interés en este trabajo es observar hasta qué punto existe la elasticidad entre la idea de nación universal y la llamada identidad local, hasta qué punto la idea de nación es un constructo de una determinada sociedad, en detrimento de otras, o es un hecho, por decirlo, en una palabra: “natural” e inmanente a occidente. Para ello observaremos a los españoles que estuvieron en la Alemania nacionalsocialista, ya sea de forma “voluntaria”, ya sea en sus Campos de Concentración. De hecho, hablar de un grupo de personas muy heterogéneo en función de adscripción nacional, ser españoles, es ya un paso importante de qué había de ocurrir y en qué manera esto determinó su posterior relación con una sociedad tan nacionalizada como era la Alemania Nazi. Pero, además, de los hechos históricos por sí mismos, que no pasan de ser interesantes en la medida que explican ciertos elementos poco conocidos, o por el morbo que puedan provocar, es indudable que lo más interesante es cómo nos sirven para reflexionar sobre un concepto, como es el de nación, en un momento en que parecía que estaba en pleno auge y desarrollo.

Muy por el contrario, la idea de región parecía ser una suerte de concepto al que los antropólogos, de una u otra manera, no nos había sumado, quizás por su apariencia geográfica, seguramente por su falta de estructuración cultural. Sin embargo, para los españoles en la Alemania Nacionalsocialista era un refugio conceptual de una cierta importancia y jugó, en muchos casos, de tabla de salvación a la idea de nación; más cuando su adscripción nacional les limitaba o, lo que era más frecuente, les era negada. En este sentido no se puede hablar que existiera ese viejo conflicto entre lo local, propuesto en la región, frente a lo global, adscrito a la idea de nación. La Guerra Civil se había encargado de matizar estos elementos. La Guerra Civil creó una idea de España muy especial, en varios sentidos y formas, no todas ellas adscritas al régimen de Franco, sino que también matizó muchas de las múltiples opiniones que se habían dado desde el lado republicano, hasta el punto de recrear un corpus mitológico de, llamemos, izquierdas, que duró cuando menos hasta bien entrado los años 50 entre exiliados varios y críticos internos de diferente orientación ideológica. Pero la Guerra Civil fue sobre todo el mito de origen —aunque la realidad no fuera esta, sino las guerras coloniales en Marruecos— de aquellos que habían de gobernar los 40 años siguientes, iniciando una cultura y una ideología que marcarían a los ciudadanos españoles en los siguientes 50 años. Este nacionalismo se basaba en una clara unidad del Estado, el territorio y los ciudadanos con la iglesia católica, a la vez que en la afirmación constante de una cultura basada en esos prin-

cipios nacionales. En cierta medida el triunfo ideológico y cultural del *nacional catolicismo* planteado por el gobierno franquista empapó de tal forma la vida social de la España del siglo XX que se puede afirmar, sin rubor, que prácticamente centró todo principio de pensamiento diferenciado, hasta el punto de que las aparentes verdades de hoy, con una democracia occidental plenamente instalada y funcionando a pleno rendimiento, tienen formas, tratamientos, miradas e itinerarios que estaban en gran medida definidos desde este marco ideológico y doctrinal. De hecho, mucho de la adscripción religiosa de la España actual está cortada por dichos patrones, eso sin hablar del marco jurídico en relación a la España de las Autonomías.

Y si nos preguntamos en la España actual por ideas como la de nación o encontramos defensores, algunos muy radicales, de la idea de Nación-Estado no es quizás una cuestión baladí. Más allá de que estemos en el fondo haciendo un constante debate sobre el proceso ideológico del concepto de nación, es decir hablando de “nacionalismo”. De hecho, hay algo de retrogrado e inmovilista en todos estos elementos y su constante proclama, adscripción e incluso reencuentro y definición no son más que parte de un proceso de herencias de donde sin duda muchos académicos no han salido y, lo que es más sospechoso, de una falta de imaginación. El concepto de nación que no pocos políticos, ciudadanos y/o académicos están defendiendo fue, por paradójico que parezca, una suerte de elementos que se vivieron sin pudor y de forma radical en la Alemania de Hitler. Esta idea de nación está emparentada con una tradición que ya estaba consolidada a finales del siglo XIX y que tras la Primera Guerra Mundial había de consolidarse hasta llegar a ponerse en práctica con los diferentes fascismos europeos. Desde este punto de vista la nación era una serie de individuos unidos por un “vínculo natural”, en este sentido este vínculo se entendía como un elemento identitario —que no tanto de identidad, que está en relación con un planteamiento político-sentimental— en una línea dura relacionado con el concepto de raza — lo que además está en relación con un ejercicio de determinismo ecológico, muy en boga en estos días gracias a la palabra ecosistema— y, de forma algo más blanda pero no menos contundente, con la lengua y las costumbres. En ambos casos la idea de nación se define dentro de las definiciones clásicas de “psicología de los pueblos”, “organismo viviente” o “persona colectiva” y que los estructuralistas entendieron como la identidad de los pueblos.

La idea de nación parecía, a todas luces, que tendía a escaparse del lenguaje de los antropólogos. Hasta el punto que llegó un momento que se abandonó del todo, dejándola en manos de sociólogos y, sobre todo, politólogos. Así la idea de *nación india*, o *nación azteca*, por poner un ejemplo, se tornó anticuada y sospechosa. Más a más porque parecía no sólo no poder definirse, sino que sobre todo porque no respondía, o no se quería asumir, la relación directa que mantenía con el simplismo y fanatismo de asociarse a la idea de “hombre bajo una misma carta de naturaleza”.

Pueblo y pueblos —en un sentido casi átono y superficial, sobre todo porque se asocia con ese enemigo que es el folklorismo—, comunidad y comunidades parecen haber sido los vocablos desde los años 60, frente al de nación, que se ha dejado para relacionarlo con un determinado aparato político-geográfico, asimilándolo, definitivamente al de Nación-Estado. Y los antropólogos los reconocíamos directamente al tener, en una suerte de definición tautológica, identidades. De ahí, además, que los antropólogos e historiadores diferenciemos entre el concepto de *nación, país o región* de elementos como *pueblo o comunidad*, como si en una mirada concreta, casi de química inorgánica, pudiéramos saltar los acontecimientos totalizadores, de formas híbridas, el control y el disciplinamiento del mundo contemporáneo. Acontecimientos que, sin duda, han dado con una homogeneidad cultural que no permite grandes diferencias, no ya en la idea de comunidad, sino, ante todo, en la idea de semántica y significativa de la cultura, hasta el punto de que términos como *ciudadanía* —que antes se conocía como “individuos” pertenecientes a una comunidad— ya sólo se reconocen en el *mercado*, es decir, en las formas concretas que toma la cultura capitalista.

Claro que la cosa se torna más confusa cuando hablamos de ideologías. A la nación le corresponde el nacionalismo. Pero los científicos sociales, poco amigos de los *ismos*, la cosa le parece desmesurada, y el nacionalismo aun cuando se practica y se defiende se toma como un elemento no propio de la contingencia histórica, y si como un elemento extremo y radical dentro del marco de la política. Más feroz han sido con el regionalismo, asociado con el folklorismo y con las visiones estrechas y localistas —que no locales—, y sin embargo sin caer en uno u otro extremo es evidente que la idea de región, tan geográfica como organicista, como en cierta medida la de nación, ha dado excelente juego dentro del marco ideológico que las ciencias sociales no han dejado en todo momento de realizar. Mucho más si tenemos en cuenta dos factores que han concurrido a este factor: la adscripción a una idea de una España regional, idea tan franquista como republicana, que tiene adscripciones costumbristas, sociales y de lo que se conoce como “carácter de los pueblos”, tanto más que la España de la Autonomías se tornó en un elemento de diferenciaciones culturales e históricas, que en muchos casos se conocieron y se definen como ejercicios de identidad. Es donde las ciencias sociales jugarían un papel fundamental como adscriptor, constructor y definidor de dichos elementos diferenciadores.

Pero la idea de nación juega, además, un papel en la antropología y la historia a otro nivel: sirve de elemento definitorio de lo propio frente a lo ajeno. En este sentido, la realización de una historiografía nacional, y el caso de España, junto con el de Italia, México o Portugal así lo evidencian, presenta la dificultad de encontrar algún tipo de elemento diversificador al respecto. La dicotomía entre una *historia nacional*, es decir, adscrita a alguna región determinada y que se realiza bajo el

marco conceptual del regionalismo, frente a la *antropología decolonial*, como ejercicio social más preocupado de la epistemología que del lugar donde se aplica, mira u observa, ha terminado por cerrar la banda, la agenda y los encuentros entre los conceptos de nación y de región, así como de los elementos ideológicos que de ellos se desprenden. Y en este sentido, los múltiples intentos de acercamiento son disueltos por las respectivas academias, que se cierran a reconocerse mutuamente como antropólogos. No menos importante a este respecto es el reconocimiento de las herencias culturales propias, de los elementos que las definen, de los temas que tratan y de la forma de abordar los conceptos como nación, región, incluso historia o identidad.

2. Construir un país con sociedad

Sólo desde un arranque de este tipo podemos abordar el hecho de un tema como el de los españoles en la Alemania nacionalsocialista, que podemos decir es un objeto de estudio propio de la historia y aquí es propuesto en una doble vertiente, por un lado, como *antitema*: la negación de que exista un tema con el que enfrentarse, resolver, analizar o plantear y como un *antiobjeto*: como la negación de que el objeto no sea solo una virtualidad en el recorrido para discutir otros temas. Consecuentemente, nos encontramos con un *antitema* y *antiobjeto*, es decir una suerte de ejercicio iconoclasta frente a una ciencia del conocimiento.

Hablar de españoles en este periodo, fuera de los cuadros que le pertenecen a la idea de nación, incluso de bajo el recurso del País-Estado, no puede ser más que una voluntad de pensamiento, ciertamente surrealista, de acercamiento crítico a la idea de nación y de región, pero lo mejor de esto es que tampoco es esa la finalidad última, sino la experimentalidad. Por tanto, hablamos de *antitema* en la medida que los físicos hablan de antimateria, donde en una suerte de calidades nos acercamos al límite del pensamiento crítico. Por lo tanto, de lo que se trata es de buscar las razones por las que Occidente se ha publicitado sobre ciertos temas, habiendo, cuando menos tantos otros de sentido contrario. Pero es que al plantearlo así los españoles en la Alemania Nazi es un tema crucial del pensamiento contemporáneo, por antipático y absurdo que parezca, porque nos plantea los porqués de las relaciones entre naciones, la conformación, choque y destrucción de los nacionalismos y la razón última de la existencia de ciertos elementos que pensamos como definitorios, y no menos determinantes.

Es evidente que estamos hablando de un periodo crucial en la historia, hechos ocurridos en la llamada *década de Hitler* (Mann, 2002: 7-8), aquella donde la barbarie, la sinrazón, la destrucción, el terror y el miedo se aparecieron sin máscaras. Un momento en que las guerras, el hambre y la enfermedad parecían no tener límites. En este periodo, evidentemente, la radicalidad de la vida dio lugar a que los

elementos culturales, las ideas políticas y los procesos económicos se vieran a la luz del día sin artificio, sin discurso añadido, sin justificación. Se trata, por lo tanto, de un momento crucial de la historia que ha de mostrarnos una visión muy “interesante” de gran parte de los temas que hemos dado en llamar fundamentales. Muchas de las preguntas que nos hacemos a diario desde el mundo de las ciencias sociales tienen en este momento un laboratorio ideal para ponerlas a prueba, para falsearlas, para verlas en un estado de inferencia cero. Este momento radical, extremo y fanático fue vivido por la inmensa mayoría de los europeos y sin duda los españoles estuvieron en el centro del huracán, pero para aquellos que vivieron, además, en la Alemania nazi esta centralidad se convirtió en algo que diluía toda idea de proporción.

Las diferentes personas de origen español o de nacionalidad española que vivieron en la Alemania Nazi tenían una especial relación con lo ocurrido en la guerra civil española, en unos casos por que tuvieron que exiliarse a causa de ella, en otras porque trabajaban para el gobierno fascista, y en muchos otros porque fueron a la Alemania nazi en busca de las oportunidades que la Guerra Civil había dejado cerradas. Sin duda que para cada uno de estos grupos se entrecruzaron varios niveles que hicieron significativo, primero, la forma de habitar, participar o estar en Alemania, segundo, su relación con los gobiernos de Hitler y Franco y, tercero, la particular visión que se tenía de España y Alemania. Estos diferentes niveles formaban segmentos relativamente cerrados aunque el horizonte cercano era sin duda la Guerra Civil, pero, a su vez, había otros nacidos directamente de este y que tenían que ver con las relaciones que se mantuvieron con el Estado Español, lo que obviamente significaba que para el Estado Español había ciudadanos de primera, de segunda e, incluso, de tercera, entre los que se encontraban aquellos que eran opositores del gobierno de Franco en el exilio y que en muchos casos también lo fueron del gobierno de Hitler. Estos últimos fueron los que tenían una idea más extrema y radical de la España como nación y fueron a su vez los que se llevaron la peor parte en territorio alemán, siendo casi todos ellos deportados a los Campos de Concentración alemanes.

Una de las diferenciaciones más acusadas entre el Gobierno español y el nazi fue su su conformación ideológica y, consecuentemente, en como construyeron su nacionalismo a partir de ciertas miradas específicas e identificatorias de la nación. Mientras que para los nazis todo, absolutamente todo, era obsesivamente una cuestión racial, para el gobierno de Franco el ideal estaba en los procesos conceptuales enmarcados dentro de una moral social predeterminada por los principios del llamado “Movimiento”, lo que se podía entender como la total apropiación del ideario católico para y por el Estado. Esto significo que mientras que para la Alemania nazi los españoles eran de una raza inferior a los arios, lo que puesto en su contexto significaba deportaciones, menos cupones en la cartilla de racionamiento y trabajos especialmente dedicados para los “infrahumanos”, en la

España de Franco los ciudadanos de segunda eran los que sus conductas presentes o pasadas (por aquellos que no habían dudado en luchar en el “bando equivocado”) eran contrarias, o simplemente diferentes, a las marcadas por los códigos morales del fascismo católico que se encargaba de salvaguardar la Falange Española (grupo político-estatalista de orientación fascista). En ambos casos el racismo, el prejuicio y el ejercicio del poder era evidente, en un caso por un determinismo de biología social, como en la Alemania nazi, y en el otro por una ideología política. Pero sobre todo lo que aunaba a ambos regímenes era la fe ciega, incondicional y radical, en una palabra, fanática, en un orden social predeterminado y en una clara eficacia social política y económica de los métodos empleados.

De las diferencias de ambos gobiernos habían de nacer no pocos malentendidos, que obligaron a las respectivas embajadas y delegaciones a un constante trabajo de reajuste, cuando no a algunos resultados altamente violentos, caso de los trabajadores que habían emigrado a Alemania creyendo en un *paraíso* (tal cual rezaba la propaganda) y se encontraron con que eran tratados igual que a los “deportados de razas inferiores”, o el tratamiento poco sincero a unos alemanes que pasaban por el territorio español sin ajustarse al código de conducta impuesto por la moral católica. Sin embargo, las cosas en común fueron muchas y dio lugar a constantes encuentros, viajes de confraternización, acuerdos económicos, militares y políticos y, sobre todo, nuevas formas de opresión, desprecio y muerte.

3. La falange como proyecto de clase social

Las relaciones entre la España franquista y la Alemania del Tercer Reich tuvieron un amplio y sinuoso recorrido desde el estallido de la Guerra Civil Española hasta la conclusión de la Segunda Guerra Mundial. De esta forma, las relaciones hispano-alemanas presentarían una doble significación política y económica, si bien la vinculación ideológica sería el elemento que ocuparía un lugar capital en las relaciones de hermandad establecidas por los dos estados. Será el cariz ideológico el que le confiera una definitiva similitud a la España franquista y a la Alemania hitleriana; será el fascismo el que readapte el concepto de nación, otorgándole una dimensión histórica que nos permitirá atender a la evolución del nacionalismo español. Si bien es cierto que en la dualidad globalidad y regionalismo que entraña el fenómeno fascista, hay que señalar que en el caso español deberemos acudir al concepto de fascistización, por el cual “sectores de la derecha clásica y reaccionaria, como consecuencia del desafío presentado por la democracia, adoptaron una serie de elementos pertenecientes al fascismo, dando como resultado no ya un fascismo neto, ni una derecha como la previamente existente a la confrontación con el fascismo” (Saz, 2004: 103).

Es mediante del proceso de fascistización de la derecha española a través del que aparece una creciente receptividad del ideario fascista por parte de sectores fundamentales del capital, reforzando la idea de que la salvaguarda de un orden social predeterminado respondería a una instrumentalización del fascismo como discurso y práctica política con el fin de defender los intereses de las clases dirigentes, incorporando a las masas mediante la exaltación de la nación. Si bien la fascistización de las derechas comenzó durante la Segunda República, será durante la Guerra Civil Española cuando se culmine este proceso, y con ella la de un naciente régimen franquista que mantendrá el credo y la liturgia de un fascismo del que se distanciará como consecuencia del declive que sufrirá el mismo durante la Segunda Guerra Mundial, informando de esta forma del carácter oportunista que presentará la dictadura a lo largo de toda su existencia. Es por esto que la Guerra Civil supone un hito histórico profundamente revelador puesto que responde a dos problemáticas fundamentales en la España contemporánea.

La primera de ellas estriba en la socialización política de las masas, en un país donde la evolución de la política decimonónica estuvo caracterizada por la atonía política de una parte importante de la población española, evidenciada en la confección de un sistema de la Restauración caracterizado por la exclusión de las masas de la participación política, la dirección de las élites rectoras, la corrupción de un pretendido sistema democrático, y la connivencia y complicidad de la población española. En segundo lugar, la problemática conformación del concepto de nación española, no permitió la construcción de un nacionalismo que lograra aglutinar en torno a sí la conciencia de los españoles. En gran medida esto se debió a la no participación de España en los grandes acontecimientos internacionales que sí permitieron en otros países del entorno europeo la explosión de una exaltación nacional vinculada al enfrentamiento con otras nacionalidades foráneas, como fueron la carrera imperialista y la Primera Guerra Mundial.

El nacionalismo español se construyó de manera centrípeta, encerrado en sí mismo, y se vio obligado a rehacerse tras la pérdida de la entidad imperial devenida tras el desastre del 98. De esta forma la Guerra Civil emergería como mecanismo histórico que permitiría transcender esta doble problemática al internacionalizar el conflictivo nacionalismo español, pues permitió confrontar una amenaza exterior representada por el fascismo de Hitler y Mussolini, o por el contubernio judeo/masónico/comunista, según el argumentario esgrimido por cada bando en la lucha por la salvación de España (Álvarez Junco, 1997:61). Asimismo, íntimamente ligada a esta internacionalización se produjo una adhesión y participación política masiva que permitió una nacionalización popular inédita en la historia de España.

Un claro ejemplo fue el del único partido netamente fascista surgido durante la experiencia republicana, Falange Española y de las JONS, que logró la reafirmación de su retórica populista en la movilización en favor de la construcción de una nueva

España, y un nuevo Estado, cuando antes de la explosión del conflicto había fracasado en su intento de canalizar hacia el fascismo las desafecciones que existían en el seno del liberalismo y del obrerismo. El punto de inflexión en este intento de atracción fascista estuvo marcado por el triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936. Entre este mes de febrero y el 18 de julio el número de afiliados falangistas creció un 45% en regiones como Andalucía y Extremadura, como consecuencia de que el falangismo lograba responder mediante la legitimación y uso de la violencia a la otra violencia revolucionaria ejercida desde los grupos obreristas. Logrando de esta forma una creciente aceptación de la narrativa fascista en la que la democracia era denostada por la debilidad que el parlamentarismo imprimía al Estado, y en la que las derechas tradicionales demostraban su inoperancia al asegurar el orden público (Lazo, 2008: 48).

Será con el comienzo de la Guerra Civil cuando se produzca de forma definitiva la filiación masiva hacia el falangismo como consecuencia de un factor determinante como será la necesidad de protección política de un importante sector del proletariado que por miedo a la represión ejercida por las fuerzas nacionales en las zonas en las que se imponían, decidieron engrosar las filas falangistas. Otro ejemplo ilustrativo de lo expuesto será la Andalucía controlada por Queipo de Llano, donde en abril de 1937 en la composición social del partido falangista destacaba la presencia de jornaleros del campo y obreros urbanos, llegando a suponer el 50% de esta masa social (Lazo, 2008:50). El falangismo cumplía, de esta forma, con la máxima fascista de integrar a las masas proletarias en el movimiento, incluyendo a las provenientes de la izquierda militante. Esto permitía a la Falange diferenciarse de la derecha tradicional al soslayar los prejuicios de clase mantenidos por ésta con respecto a las clases populares, si bien el partido falangista fue fundado por un aristócrata como José Antonio Primo de Rivera.

Esta concepción del orden social, sostenida por las derechas tradicionales, será un elemento fundamental a la hora de vehicular la formación del concepto antiliberal de nación española, puesto que, en el proceso de conformación de la idea de España, la misma quedará ligada al ideario nacionalcatólico y antirrevolucionario, así como a la centralidad del Estado y a este orden social burgués. Muestra de esta conceptualización antirrevolucionaria serán las llamadas a la defensa de la patria en acontecimientos como la Semana Trágica en Cataluña, el Trienio Bolchevique en Andalucía, o en el mismo golpe de Estado de Primo de Rivera (Álvarez Junco,1997:58). Podemos afirmar, por tanto, que, en la conformación del nacionalismo antiliberal español, el catolicismo tendrá una importancia capital en la construcción ideológica de las dos culturas políticas que sostendrán el naciente Movimiento Nacional, como serán el tradicionalismo y fascismo. Ahora bien, estas dos culturas presentarán dos concepciones nacionalistas diferentes, que en su definición diferirán en el papel otorgado al catolicismo en la superación de la agonía

en la que se encuentra sumida España, siendo que, a diferencia de los tradicionalistas, la Falange no utilizará la religión católica como reclamo para el resurgimiento de la nación, sino que será el concepto de pueblo el elemento que permita la interpelación a la conciencia nacional de los españoles.

4. Concluyendo, dónde está la clase media

La obligada convivencia de estas dos concepciones tras el decreto de unificación de 1937, por el que se conformaba la Falange Española Tradicionalista y de las JONS, conduciría a conflictos internos que reforzarían la idea de la necesidad de someter el partido a la figura de Franco, más cercano a la derecha tradicional católica. La sujeción del partido único a la voluntad del Caudillo no permitió la plasmación de la revolución regeneradora propuesta por José Antonio y que preveía la necesidad de un estado totalitario como base de una comunidad nacional ordenada y jerarquizada. Antes, al contrario; pese a que la conformación de la “Nueva España” se realizaría bajo la tutela de italianos y alemanes con los que el general Franco mantuvo un dialogo constante informando de su proyecto y aceptando sus aportaciones, dicha sujeción del partido al Estado, a la dirección del jefe del Estado, terminará por romper con la idea del totalitarismo aun cuando en el nuevo partido será el programa falangista el que nutra su ideario.

Debemos atender por tanto a una retórica totalitaria más que a un totalitarismo en sí cuando hablamos del régimen franquista, si bien es cierto que en los primeros años de andadura de la dictadura la voluntad de establecer un régimen fascista puro entre los herederos de José Antonio latirá con fuerza, y con ella la defensa de una cultura nacionalista que entroncaría con la visión europeísta de la Alemania nazi. La exposición de la existencia de una concepción europeísta en el seno de un nacionalismo fraguado en la lucha contra la amenaza extranjera, representada por la URSS y el comunismo, puede resultar paradójico y contradictorio, pero será la *vertiente azul*, la cultura nacionalista netamente fascista, la que mantendrá una actitud proclive a la adhesión a un nuevo orden europeo que surgiría de la hegemonía alemana en la Europa de la Segunda Guerra Mundial.

Este posicionamiento defendido por intelectuales de la Falange primigenia obedecería a causas de diversa índole. Por una parte, la economía nazi vendrá a monopolizar las exportaciones de la España franquista desde la Guerra Civil, estableciendo de esta forma una subordinación económica de España con respecto a la Alemania nazi. En este sentido, el proyecto europeísta alemán responderá a la necesidad de crear un gran espacio autárquico, hecho que la Falange y las autoridades del régimen apoyarán por suponer un modelo de gestión fascista. Por otra parte, la existencia de una necesidad de reconstrucción y de desarrollo

económico apremiante al término de la contienda civil, conducirá al régimen a situarse bajo el amparo de Alemania con el fin de lograr su pervivencia.

Es interesante observar la elasticidad que cobra un concepto de nación española, que parte de la identificación como salvaguarda de una espiritualidad amenazada por el corrosivo materialismo europeo. Esto demuestra la dependencia que el fenómeno nacionalista español mantendrá con respecto a la situación internacional en la que se encuentre inmersa la dictadura franquista. Si el aislacionismo internacional en el que España se ve sumida al término de la Segunda Guerra Mundial, contribuirá a la construcción del mito de Franco como *paladín de la Cristiandad y Centinela de Occidente* (Hernández Burgos, 2013: 219) y al reforzamiento de una idea de España ajena al liberalismo; el concepto de nación pasará a un segundo plano durante la década de los sesenta. Esta progresiva desaparición del concepto de patria del discurso oficial del régimen responderá a la necesidad de la dictadura franquista de legitimarse en el contexto de la Guerra Fría.

Los acuerdos firmados en Madrid durante la década de los cincuenta con Estados Unidos, auspiciados por el anticomunismo franquista, supusieron el comienzo de la progresiva inclusión del país en el bloque occidental capitalista, y el inequívoco inicio del declive del concepto de patria en favor del de clase media como elemento de cohesión social. Este cambio obedecerá a las transformaciones estructurales experimentadas por España a lo largo de los años sesenta, y que permitieron un crecimiento económico solamente inferior al experimentado por Japón. Simultáneamente, el salto desarrollista tuvo una plasmación social en la consolidación e implementación de una clase media que seguiría la estela de los países del entorno europeo. Fue el oportunismo franquista lo que condujo a las autoridades del régimen a construir un discurso que permitiera significar la clase media como símbolo del progreso que España estaba experimentando, para así, lograr legitimar la persistencia de la propia dictadura.

Se puede concluir que la clase media ofrece la posibilidad de soslayar las diferencias de clase existentes en una sociedad. En un sentido histórico, permitió la construcción de la idea de superación de la lucha de clases al conformarse como un segmento que certificaba la movilidad social, al ser concebido como un elemento garante de la unidad e igualdad social, así como, del progreso material. No es de extrañar por tanto que, un régimen que se había constituido mediante la conformación de un orden social predeterminado caracterizado por la exclusión y sometimiento de aquellos que se opusieran al código moral establecido, acudiera a la significación de la clase media como forma de legitimidad, por cuanto el concepto vendría a cumplir la misma función que el de nación, que el de patria, en su función de enmascarar las desigualdades sociales, en su función de lograr la concordia de clases. Así pues, el desarrollo económico experimentado a partir de los años sesenta, unido a la construcción de un discurso de clase media que permitiera el efectivo

ejercicio de la violencia simbólica contra la clase trabajadora, jugó como un valor cultural al permitir la inclusión de la dictadura franquista en el bloque occidental, capitalista y democrático.

Bibliografía

- Álvarez Junco, José. (1997). El Nacionalismo español como mito movilizador. Cuatro guerras. En R. Cruz y M. Pérez Ledesma (Eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea* (pp. 35-68). Alianza Editorial.
- Box, Zira. (2006). La tesis de la religión política y sus críticos. Aproximación a un debate actual. *Ayer*, (62), 195-230.
- Cazorla Sánchez, Antonio. (2013). La ideología del franquismo. En M. Menéndez Alzamora y A. Robles Egea (Eds.), *Pensamiento político en la España contemporánea* (pp. 569-598). Editorial Trotta.
- Dumont, Louis. (1987). *Ensayos sobre el individualismo*. Alianza Editorial.
- García Pérez, Rafael. (2007). Las relaciones hispano-alemanas en la época totalitaria (1936-1945). *Iberoamericana. América Latina, España, Portugal*, 7(26), 95-107.
- Heine, Hartmut. (2006). El envío de trabajadores españoles a la Alemania nazi, 1941-1945. *Migraciones y Exilios*, (7), 9-25.
- Hernández Brugos, Claudio. (2013). *Franquismo a ras del suelo. Zonas grises, apoyos sociales y actitudes durante de la dictadura (1936-1976)*. Universidad de Granada.
- Lazo, Alfonso. (2008). *Una familia mal avenida. Falange, Iglesia y Ejército*. Editorial Síntesis.
- Mann, Thomas., Nolte, Ernst., Habermas, Jürgen. (2012). *Hermano Hitler. El debate de los historiadores*. Editorial Herder.
- Rodríguez López, Emmanuel. (2022). *El efecto clase media. Crítica y crisis de la paz social*. Traficantes de sueños.
- Saz, Ismael. (2004). *Fascismo y franquismo*. Universidad de Valencia.
- Saz, Ismael. (2008). Las culturas de los nacionalismos franquistas. *Ayer*, (71), 153-174.
- Thomás, Joan María. (2016). *Franquistas contra franquistas. Luchas por el poder en la cúpula del régimen de Franco*. Editorial Debate.